



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Identidad e integración latinoamericana

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1987). Identidad e integración latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 1(1), 170-181.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año I, Núm. 1, (enero-febrero de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

IDENTIDAD E INTEGRACION LATINOAMERICANA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM.

Los días que estamos viviendo son difíciles para el mundo, en especial para la región que en América se ha autodenominado como latina. Sus pueblos, de origen e historia común, siguen sometidos a presiones internas y externas que amenazan anular su relativa estabilidad. Las presiones propias de su difícil desarrollo y las de intereses externos que las manipulan a su servicio. Conflictos internos que una y otra vez desembocan en sangrientas guerras civiles y en tiranías al servicio de intereses extraños; descomposición social, corrupción, que anula la resistencia interna a las interferencias extranjeras. Males propios que no han sido superados en siglo y medio de independencia, y males provocados por colonias que simplemente se van relevando en la región. Y como consecuencia de esta situación, la vieja e insistente preocupación de los pueblos de la región por identificarse, y al identificarse, afianzarse en lo interior para resistir externamente. Identidad cuyos problemas tienen su punto de partida en ese 12 de octubre de 1492 del que habremos de tomar plena conciencia, para perfilar esa identidad. Y a partir de esta toma de conciencia, poder actuar, sin complejo alguno de inferioridad o de culpa, en un mundo y a partir de una historia que no es común con otros pueblos; historia de la que la propia de esta región sólo es ineludible parte.

En esta región, en América, no sólo se dio el brutal encuentro de los pueblos ibéricos con los pueblos nativos de viejas expresiones de la cultura europea pagana y cristiana con las desconocidas culturas indígenas que ni imaginaban siquiera quienes buscaban Cathay y Cipango; también en América se encontraron expresiones aparentemente opuestas de esa misma cultura europea, las viejas expresiones de esta cultura griega, latina y cristiana y los que crearon utopías que las rebasaban y que el Continente descubierto parecía posibilitar. Conflicto expresado en la lucha por la hegemonía sobre Europa entre España y la Gran Bretaña, entre Felipe II e Isabel I. Conflicto que se proyectó en América dando

origen a dos concepciones del mundo, propias de dos regiones que aún se enfrentan en nuestros días. Concepciones de las que una América ha hecho partir justificaciones para su hegemonía. Concepciones a través de las cuales se han expresado y delineado las que parecen opuestas identidades de una y otra América, las designadas como latina y como sajona. La reflexión sobre esas encontradas expresiones de identidad acaso nos permita precisar la buscada identidad latinoamericana.

Simón Bolívar, Padre de patrias de esta región que llamó Martí "nuestra América", conoció, descubrió y sufrió las expresiones de esa identidad que se ha autodenominado latina. "Nosotros —escribía en la Carta de Jamaica en 1815— somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil".¹ La región es vista como una gigantesca ínsula, apartada del Viejo Mundo en su parte oriental y occidental. Uno de los Padres de la patria formada al Norte de esta misma América, los Estados Unidos, Thomas Jefferson, al tomar posesión como presidente de esa nación en 1800, dirá algo parecido a lo que expresara Bolívar: "Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano, del exterminador caos de una cuarta parte del globo; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás".² Se habla de un Mundo, igualmente apartado del Viejo Mundo, un Mundo peculiar y al parecer único. Dos expresiones de identidad en una y otra América, separadas por anchos mares del resto de la tierra.

El singular género humano de que habla Bolívar lleva consigo los problemas de su origen. En el Discurso de Angostura dice Bolívar: "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reto la de mayor

¹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, México, UNAM, 1978.

² *Documentos básicos de la Historia de los Estados Unidos de América*, Washington, D.C., Servicio de Información de los Estados Unidos s.f.

trascendencia".³ Esta diversidad de origen será la que se plantee en problemas de integración de la región, al igual que las dificultades para definir la polarizada identidad del peculiar género humano. Problemas de identidad e integración que tienen su origen en la misma España, que también tendrá que conciliar la encontrada identidad de sus orígenes europeos y africanos, cristianos y musulmanes.

Thomas Jefferson, al contrario de Bolívar, lejos de mostrar preocupación por la peculiar sociedad que se ha formado en Norteamérica dice con satisfacción: Somos "poseedores de un país elegido, con espacio suficiente para nuestros descendientes durante mil generaciones y más; con el sentido de nuestra igualdad de derechos para valernos de nuestras propias facultades, de las obras de nuestro propio esfuerzo, para gozar del honor y la confianza de nuestros conciudadanos, no por privilegios de nacimiento, sino por nuestros actos y la opinión que ellos les merecen; ilustrados por una religión benigna, practicada de hecho y de diversas formas, mas inculcando en todas ellas honradez y sinceridad, templanza, gratitud y amor al prójimo; reconociendo y adorando una Providencia superior, que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra; contando con todas estas bendiciones, ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero?".⁴

Bolívar habla de una ínsula, que es todo un Continente, en la que se han dado cita razas y culturas que parecen contrapuestas. Un peculiar género del que son herederos los americanos meridionales. El peculiar lugar de una peculiar identidad como herencia, con la cual han de contar para crear naciones. Se tendrá que conciliar lo que parece inconciliable. No es, como para Jefferson, "un país elegido". Un país elegido que, como las utopías del Renacimiento, ha de ser creado en un apartado lugar, rodeado de anchos mares, facilitando la renuncia a un pasado del que se quisiera escapar. Los Estados Unidos no se consideran herederos de raza o cultura alguna, y se estiman, ajenos a los conflictos de las tierras de que son originarios en Europa. ¿Cómo ha de ser entonces esta nación insular, ajena a todo pasado y a sus compromisos? Jorge Washington, Padre mayor de la nueva Patria, al despedirse como presidente de los Estados Unidos un 17 de septiembre de 1796 habló con el mismo entusiasmo que Jefferson de la relación de esta nación con otras naciones: "Será digna de una nación libre, ilus-

³ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, México, UNAM, 1978.

⁴ *Documentos básicos...*

trada y que no está muy distante de la época en que será grande, dar al género humano el ejemplo magnánimo y muy nuevo de un pueblo siempre guiado por un sentido elevado de la justicia y la benevolencia".⁸ Un pueblo, fundador de una nación bendita, como se sigue repitiendo en nuestros días.

Pero una nación que para ser supremo arquetipo de humanidad está cerrada a toda influencia extraña a tal propósito, cerrada a toda raza, cultura y religión que de alguna forma sean contrarias a este extraordinario proyecto. Washington dice, hablando de esta Patria de patrias: "Contra las artes insidiosas de la influencia extraña, debe estar *constantemente* alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano". "¿Por qué —se pregunta— hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés o el capricho europeos, entreverando nuestros destinos con los de cualquier parte de Europa?". "Nuestra verdadera política es apartarnos de alianzas permanentes con cualquier parte del mundo extranjero". Ninguna alianza que no garantice la seguridad y los intereses de la que será la poderosa nación insular. Será en nombre de esta seguridad y sus intereses que el presidente James Monroe, en el Mensaje al Congreso del 2 de diciembre de 1823, anuncia la Doctrina que llevará su nombre y que se ha resumido en "América para los americanos" abarcando todo el continente, en contra de toda interferencia extraña, conocidamente europea, en una región que los Estados Unidos ya consideran bajo su exclusiva hegemonía. La singular nación americana asegura la insularidad de su territorio apartado del resto del mundo por grandes océanos, viendo el sur como gigantesca tierra virgen que esa nación irá incorporando en la medida que lo reclamen sus cada vez mayores necesidades.

Muy al sur, más allá de las llanuras pobladas por búfalos y naturales extraños a lo que es una sociedad civilizada como la estadounidense, mucho más allá, se asientan los extraños pueblos a los que se refiere Simón Bolívar. De acuerdo con la grandeza de su destino, se expanden sobre el Far West cada vez más hacia el Oeste y más hacia el Sur. Como justificación a esta expansión surge la doctrina del *Destino Manifiesto*, un destino expreso en el éxito ya alcanzado, con la seguridad de que se trata de una nación bendita, creada por un pueblo bendito. Se arrebata a México, en 1847, grandes extensiones de territorio que la colonización española no alcanzó a incorporar poblándolo. Se marcha hacia el

⁸ *Op. cit.*

Sur, pero no tanto que se tenga que enredar con pueblos extraños y opuestos a tan exclusivos proyectos de grandeza. Más allá de las fronteras de la insular nación, tierra virgen incultivada y dentro de ella los naturales, como diría Arnold Toynbee, son tan sólo parte de la flora y fauna por utilizar o eliminar. Gente para utilizar como los animales de carga, los esclavos africanos y, posteriormente, obligados por sus propias necesidades, los latinos, hispanos o chicanos que provienen del otro lado de una frontera que se debía mantener inalterable para evitar contaminaciones. Más allá de esta frontera se puede intentar la regeneración de este tipo de gente, pero siempre y cuando tal regeneración no corrompa a sus regeneradores. Se puede arrancar a los mexicanos tierras que han mantenido ociosas, pero no mezclarse con ellos. Tal discuten los miembros del Congreso de los Estados Unidos cuando se habla del destino de la totalidad de México, después del triunfo de 1847. Nada más allá de tierras vírgenes, sin cultivar, vacías. En un documento del Departamento de Estado en esos días se dice: "No contemplaría ni por un instante . . . la posibilidad de una ocupación permanente de México, ni de una parte cualquiera del mismo. Una actitud semejante sería, en mi opinión, equivalente a insertar un cáncer en un cuerpo humano".⁶ La misma actitud tomada en el Caribe cuando se habla de incorporar a los Estados Unidos las Antillas arrancadas a España. Nada de mezclarse con tal gente. Esas islas tan sólo han de servir de enclaves, bases, para la seguridad de los Estados Unidos. Que sean los propios pueblos degenerados por sus raíces hispanas, africanas e indígenas y la mezcla de todo esto los que se encarguen de su propia regeneración y, de no lograrlo, peor para ellos. Más allá de sus fronteras los Estados Unidos sólo verán en esos pueblos riquezas para su crecimiento y enclaves para la seguridad de la singular nación. La identidad de la cada vez más poderosa nación debe mantenerse incontaminada. Nada con pueblos de raza inferior e incivilizados.

Ésta es la América de que habla Simón Bolívar, la América mestiza que por serlo parece difícil de conciliar entre sí. Pero es ésta la única y posible realidad con la que hay que contar y la que debe ser asumida y potenciada. Esta América, plenamente consciente de la peculiaridad de su humanidad que va abriendo sus entrañas rompiendo su insularidad. No hacer de esta insularidad, como la otra América, justificación de aislamiento, sino punto de partida para formar una nación de naciones que ha de poder abarcar nada

⁶ Cf. Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

más y nada menos que al universo entero. Raza de razas, Raza Cósmica, la llama José Vasconcelos, surgida de una cultura de culturas. Bolívar, en la Carta de Jamaica, avisora sobre la atalaya de su multifacética identidad un extraordinario ideal: "Es una idea grandiosa —dice— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse".⁷ Esta encontrada y múltiple identidad tiene como vínculo que le da sentido la cultura heredada y el extraordinario mestizaje al que tal cultura da sentido. Identidad abierta a las múltiples expresiones de lo humano. Partiendo esta identidad en una Nación igualmente abierta a todas las naciones, se posibilita una Nación de naciones que puede abarcar la totalidad del universo. Dice Bolívar: "En la marcha de los siglos, podrá encontrarse una sola nación cubriendo el universo".⁸

Pero esta nación, formada por el peculiar género humano de que habla Bolívar, tiene también que mantener su propia seguridad, pero no la seguridad insular reclamada por los próceres de los Estados Unidos sino la seguridad que permita mantener la pluralidad que debe caracterizar a una auténtica Nación de naciones. Los Estados Unidos se oponen a alianzas que puedan amenazar su insularidad. La América de Bolívar se niega a toda alianza que implique subordinación y límites a su anhelada libertad, anulando la posibilidad de esa Nación de naciones como pluralidad. Latinoamérica reclama, como los Estados Unidos, el derecho a la autodeterminación, pero al contrario de esa nación, reclama el mismo derecho para los otros pueblos. No hace de la seguridad instrumento para justificar la anulación de la seguridad de otros pueblos. Pide respeto al derecho de autodeterminación de los pueblos, al pluralismo; un derecho que implica el respeto al propio derecho. Y de acuerdo con tal derecho el rechazo a toda forma de intervención en los asuntos que sólo competen a otros pueblos por diversos que éstos sean.

Extraña y complicada identidad, propia de la región que en América se ha denominado a sí misma latina. Identidad difícil de conciliar, tan difícil, que llevará al propio Bolívar en la amargura de sus últimos días a considerarla ingobernable, sin regeneración y por ello condenada a desaparecer o a ser plenamente dominada por

⁷ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, ed. cit.

⁸ Simón Bolívar, "Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá", en *Obras Completas*, La Habana, 1947, vol. II.

fuerzas extrañas. Dificultad que llevará a toda una generación de esta región, la de los liberales, positivistas y civilizadores, a pretender lo imposible, la anulación de la propia identidad para crear otra, mediante un extraordinario lavado de sangre y de cerebro, incorporando razas de origen sajón que hiciesen por esta América lo que ya habían hecho por la otra, estableciendo sistemas educativos para formar en la región los "yanques del sur" y hacer de sus naciones otros Estados Unidos.

Al terminar el siglo XIX y comenzar el XX los Estados Unidos inician nuevas expansiones sobre el Caribe y el Pacífico, expulsando en primer lugar a España de sus últimos enclaves coloniales, convirtiéndolos en propios. Frente a esta agresión, que los latinoamericanos consideraron como hecha a ellos, se reformula el problema de la identidad a partir de los planteos hechos por Simón Bolívar. José Martí reclamará la vuelta a los orígenes de esta identidad, mientras José Enrique Rodó condena la "nordomanía", esto es, el afán por ser otros que sí mismos. Generación autodenominada latina en oposición a la expansiva América sajona. Por lo latino recuperan a la España que les diera cultura, lengua, religión y costumbres con rechazo de la España de la conquista y la colonización. Se recupera la Iberia latina heredera de Roma, reconciliadora de razas y culturas, la Roma fuente de latinidad que supo conciliar las razas y culturas de los pueblos que bañaba el Mediterráneo.

Es esta peculiar identidad la que tienen que aceptar, no ya descubrir, los latinoamericanos. Renunciar, una vez y para siempre, a proyectos que tiendan a anularlos, al afán por ser otros que ellos mismos. Renunciar a la imitación, a ser eco y sombra de ajena vida, lo cual no implica la renuncia a asimilar otras expresiones del hombre sin renuncia de las propias. Peculiar identidad que conlleva, como algo natural, propio, la integración. La integración entre los hombres y pueblos de la región como punto de partida para una integración que ha de ser universal, abarcando a todas las expresiones de lo humano. Integración plural, abierta a todos los hombres y pueblos en una relación horizontal de solidaridad y no ya vertical de dependencia. Peculiar género humano formado en esta América que reclama para sí lo que está dispuesto a reclamar para otros como garantía de su propio reclamo. Peculiar identidad que no tiene por qué subordinarse a modelos de identidad que no le son propios. Identidad que se reconoce en otros pueblos y hombres, haciendo del respeto a la suya garantía de la propia.

La inevitable relación que la América de Bolívar y la América de Washington y Jefferson han mantenido a lo largo de ciento

cincuenta años es ahora espejo de las relaciones que guardan los Estados Unidos con el resto del mundo. Los Estados Unidos mantienen su misma preocupación insular. La ínsula de la democracia y la libertad por excelencia. Fuera sólo existen expresiones negativas de la humanidad de las que tiene que defenderse esa nación. Por ello, se ha rodeado de grandes muros de contención, con enclaves o bases que garanticen su seguridad. Ésta ha sido y así es vista Europa, de donde son originarios los creadores de esa nación. Con la Doctrina Monroe se hizo expresa la voluntad de Estados Unidos de impedir que la ínsula de libertad fuese objeto de agresión europea. Al finalizar el siglo XIX se proyectó expulsar de América a los europeos que aún mantenían enclaves en la región, empezando por España.

Los Estados Unidos han estado presentes en las dos grandes guerras libradas en Europa y sus colonias para así poder garantizar que la ínsula no fuera agredida. En los últimos años Europa se ha transformado en un gran enclave estadounidense frente al supuesto peligro que para su seguridad implica la Unión Soviética. Enclave en el que habrá de librarse una tercera guerra para la cual se dota a Europa de los más sofisticados armamentos de disuasión frente a la URSS. Los Estados Unidos continúan considerándose la máxima expresión de la libertad y la democracia del mundo que éste debe garantizar con su propia existencia. El Presidente Ronald Reagan, al inaugurar los festejos de la instalación hace cien años de la Estatua de la Libertad en Nueva York, volvió a hablar de los Estados Unidos como una nación alejada de la conflictiva Europa. Para mantener la existencia de la libertad hecha estatua, tanto Europa como el resto del mundo deberán sacrificar sangre y riquezas.

Para garantizar esta seguridad se ha convertido a la Gran Bretaña en gigantesco "portaaviones" e igualmente se establecen otras bases en Europa. El Mediterráneo es ya un gran lago estadounidense para garantizar la seguridad. Al terminar la Segunda Guerra, buscando la misma seguridad se apoyó al coloniaje europeo en el Tercer Mundo. Y cuando éste tuvo que abandonar sus colonias como en Indochina, los Estados Unidos ocuparon su lugar, justificando el relevo por la necesidad de llenar "vacíos de poder". Así se enredó Estados Unidos en Vietnam donde sufrió una derrota y obtuvo el complejo de Vietnam que ahora le aqueja buscando otras formas de defensa de su seguridad que no impliquen gastar la propia sangre ni sacrificar el propio bienestar económico y social. Que sean otros los que paguen por la seguridad de la

nación que encarna las máximas expresiones de libertad y democracia.

En relación con esta misma seguridad las fronteras de contención se extienden a todos los puntos de la tierra y se niegan a otros pueblos derechos que los Estados Unidos han reclamado para sí. En su Declaración de Independencia en 1776, otra nación afirmaba el derecho de autodeterminación de los pueblos, que es negado a los pueblos que puedan afectar éste su exclusivo derecho. Derecho de derechos y relación con la cual niegan la autoridad de la Corte de Justicia de La Haya cuando los condena por violar este derecho en otros pueblos. Vetan en las Naciones Unidas los reclamos de tal derecho si afecta la seguridad de sus intereses. Hablan de los derechos humanos pero vetan toda resolución concreta en defensa de los mismos, como la del Apartheid en Sudáfrica. Abandonan la UNESCO porque allí, no habiendo veto, su palabra no es ley. El mundo entero debe ser gigantesco cinturón de seguridad que garantice la insularidad de un pueblo que se considera instrumento de Dios.

Pero ¿contra qué defiende este mundo su insularidad? Contra el comunismo, se afirma, salvo que el comunismo es sólo el calificativo que ahora se da a viejos reclamos de los pueblos al otro lado de las fronteras de contención estadounidense. Pueblos como los de la América Latina, Asia, Africa y Oceanía vistos como parte de la flora y fauna del territorio ocupado que hay que domesticar o destruir. Pueblos que por supuesto se resisten a ser objeto de manipulación o destrucción y por resistirse son condenados. Estos mismos reclamos son ahora calificados de comunistas, con lo que se acrecienta la fuerza de esta ideología. Así se llevó a la Revolución cubana a la protección de la Unión Soviética, y se insiste en hacer lo mismo con Nicaragua. Lo mismo se hace con cualquier pueblo o persona que insista en viejos reclamos de libertad y autodeterminación, envolviéndolos en la lucha Este-Oeste. Las viejas luchas anti-colonialistas son ahora calificadas de comunistas, justificando represalias en nombre de la seguridad de los Estados Unidos y del mundo entero.

En 1856 el chileno Francisco Bilbao, condenando la agresión hecha a México en 1847 y la agresión a Nicaragua por el filibustero William Walker en 1856, habló de la prodigiosa nación que en América había aportado a la humanidad un extraordinario sistema democrático de libertad y de seguridad material, diciendo: "Allí todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Derribaron las selvas, poblaron los desiertos, recorrieron todos los mares. Despreciando tradiciones y sistemas, y creando un espíritu devorador

del tiempo y espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular. Volviendo sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aún los competidores del Olimpo".⁹

Es frente a esta monolítica y poderosa nación, atenta sólo a defender sus propias y exclusivas libertades e intereses, y frente a otros esfuerzos extraños por dominarla, que los pueblos que forman la América Latina tienen que luchar insistentemente para alcanzar su propia democracia. Pueblos que han entrado a la historia bajo el signo de la dependencia y, por ello, ajenos a las experiencias de la libertad. Pueblos que no fueron preparados para satisfacer sus necesidades, obligados como estaban a satisfacer necesidades ajenas. Pueblos formados por diversas razas y culturas y por ello con mayores dificultades para conciliar voluntades que expresasen la voluntad general del pueblo. Pese a ello estos pueblos luchan por alcanzar la democracia. La democracia como gobierno que exprese la pluralidad de voluntades. La propia y singular democracia, no la democracia surgida de las experiencias de otros pueblos. No la democracia europea o estadounidense ajena a las experiencias y posibilidades de los pueblos de esta región. Pero democracia siempre en la que se haga expresa su voluntad. Si, de acuerdo con la *Declaración de Independencia* de los Estados Unidos, "todos los hombres son creados iguales e instituyen gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados", ninguna otra nación tiene derecho a imponer a otra sus propios principios ni menos aún a juzgar la legitimidad de decisiones que deben ser soberanas.

Contraria a la democracia es toda pretensión de imponer criterios ajenos a la voluntad del pueblo que la origina. No se debe ni puede juzgar o condenar a un pueblo porque las expresiones de su voluntad no coincidan con las expresiones de la voluntad de otros. No se puede exigir, como se hace en nuestros días a Nicaragua, ni presionar, como en el caso de México, para que cambien su sistema de gobierno, expresión de una larga experiencia histórica. Se trata, obviamente, de democracias imperfectas, comparadas con modelos ajenos a sus experiencias, pero de todas maneras democracias que han sido hechas y tendrán que hacerse a partir de sus propias y peculiares experiencias. Pese a todo se los califica de tiránicos y corruptos, aunque se guarde silencio frente a sistemas que brutalmente han violado y violan los derechos del hombre como el de

⁹ Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América, Idea de un Congreso Federal de Repúblicas*, México, UNAM, 1978.

Chile. Intelectuales de esta América Latina se lanzan ahora a cruzadas para supuestamente democratizar a sus pueblos, apoyando y pidiendo mayor presión contra sistemas calificados de tiránicos como el de Nicaragua; gente que antes guardó silencio frente a la tiranía de los Somoza, los Videla, los Pinochet y los Stroessner. La Iglesia que condena ahora la expulsión de un prelado en Nicaragua, antes calló en el asesinato de otro en El Salvador.

No se puede condenar a los pueblos de la América Latina pretextando que su democracia no sigue el arquetipo de la democracia del mundo occidental. Los pueblos de la América Latina no pueden ser otros Estados Unidos y otra Europa, como lo pretendieron sus civilizadores. Pero sí pueden hacer lo que los Estados Unidos y Europa sin tener que negarse y anularse a sí mismos. Por ello consideran propias las Declaraciones de los Derechos del Hombre sostenidas por los Estados Unidos en 1776 y por Europa en 1789. Nada quieren estos pueblos que esos pueblos no hayan reclamado para sí. Por ello se resisten y buscan su propia integración, aquélla con la que soñó Bolívar. Acuciados por la deuda externa, deuda impagable porque es fuente de riqueza para sus acreedores y arma de presión para imponerles criterios, los pueblos de la América Latina exigen el respeto a su soberanía. Por ello insisten en integrarse, en defensa de este indiscutible derecho, en grupos como el actual de Contadora. Contadora, que es ahora la fuente de mayores presiones contra los pueblos que la forman tratando de desestabilizarlos moral, económica y políticamente. La raza que se forma en la América Latina no es raza inferior por ser suma de razas y culturas. Los Estados Unidos, en su afán por extender fronteras de contención, se han ido mestizando a pesar suyo, incorporando a su sangre y cultura la de los pueblos africanos, asiáticos y latinos o hispanos.

Hablando de la identidad de los pueblos de la región calificada de latina, se ha tenido que hablar también de la identidad del pueblo que forma los Estados Unidos como ineludible contraparte. Dos expresiones de lo humano, iguales entre sí, por lo que han de guardarse mutuo respeto. No es lo expuesto aquí un Memorial de quejas contra el poderoso vecino. No se le culpa de los males de América Latina; los males de esta América, como los de los Estados Unidos, están dentro de sus propias entrañas. Lo único que piden los latinoamericanos es que se los deje solos, para que solucionen sus problemas ellos mismos, que sean sus pueblos los que decidan sobre su propio futuro sin menoscabo del futuro de otros pueblos. Hablando de Memoriales, que no son de queja sino de súplica por un respeto que debe ser mutuo, buenos recordar

aquí el *Memorial* que en el año 1835, los Cheroquies, indios pieles rojas, enviaron al Congreso de los Estados Unidos para impedir que, una vez más, fuesen expulsados del territorio de sus mayores. "En verdad —dice el acorralado pueblo— nuestra causa es la misma vuestra. Es la causa de la libertad y la justicia. Se basa en vuestros propios principios, los cuales hemos aprendido de vosotros mismos; porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y a vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros". Por ello "nosotros hablamos a los representantes de una nación cristiana; a los amigos de la justicia, a los protectores de los oprimidos".¹⁰ Esperamos que ahora se tenga más suerte y esto sea atendido por el bien de América en su totalidad y del mundo del que es parte.

¹⁰ Cf. Juan A. Ortega y Medina *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976.